

"Arcadio": ángel escénico que anuncia ingenio de autor novel

Por Anfitrion

Fraguada en torno al entusiasmo teatral del actor Enrique Heine, que la dirige, nació la reducida compañía "La Comedia" —siete actores— que montará solamente obras chilenas. Asistimos a su debut del viernes en la noche en la sala L'Atelier. Para su presentación, eligieron una pieza de un autor novel: Felipe Ravinet. Esto incita el interés y despierta un doble sentimiento de curiosidad y temor. El oficio de comediógrafo es árduo. Sus tropiezos iniciales suelen ser, como lo es el Teatro, espectaculares.

No fué éste el caso del estreno de la comedia "Arcadio". Por el contrario, junto a la sensación de alivio que se experimenta cuando el desastre posible no se desencadena, salimos con la esperanzada impresión de haber asistido al nacimiento de un autor joven, nuevo, que —junto a los defectos lógicos en una primera muestra— apunta cualidades plenas de buenos augurios para sus creaciones futuras.

De vida inquieta, Felipe Ravinet —nacido en Iquique, en 1923, hijo de francés y española— se incorpora recientemente a una de sus pasiones máximas: la escena. En 1955 y 1956, organiza programas líricos en el Antonio Varas y, con la Opera Experimental, realiza el montaje de "Madame Butterfly". Como autor, no es lo que pudiera llamarse "un novel absoluto". Desde hace dos años, escribió las piezas teatrales de "Accidente", "Estamos en Primavera" —ambas sin estrenar—, la farsa "Sí, señoras, aquí penan", recientemente presentada en Punta Arenas, y "Arcadio", ofrecida por el conjunto del L'Atelier.

EL PROTAGONISTA

"Arcadio" es una comedia humorística, con algunos repuntes de farsa. Bajo la broma, fluyen latidos de benévola visión de las debilidades humanas. Estos rasgos, el autor los deja apuntar apenas. Luego los acalla como si sintiera cierto rubor. Escondidos bajo las frases satíricas, o desembocadamente cómicas, laten brotes de ternura. Esta tendencia a la "ternura disimulada" —la balanza se inclina al cabo hacia la hilaridad— se marca especialmente en el trazo del personaje protagonista: "Arcadio". Su bonhomía, su sentido de la amistad, su generosidad —que él parece ocultar con modestia— le hacen entrañablemente simpático. Se desea que aparezca, que esté en escena.

¿Y quién es "Arcadio"? Parece un hombre común, uno de tantos. Pronto —a mediados del primer acto— el autor nos descubre el secreto. "Arcadio" es un ángel del cielo, destacado en misión en Chile. Se habituó aquí, se "acostumbró", y concluyó siendo un ángel criollo, con mucho de la psicología nacional. Bebe mucho, es cierto. Consume whisky con terrenal constancia. Pero tiene, además, virtudes angélicas. Quiere la felicidad de quienes le rodean y usa sus sobrenaturales atribuciones para salvar de la muerte —estaba ya apuntado en las inexorables listas celestes— a su mejor amigo: un marido infiel llamado Juan.

LOS TROPIEZOS

En torno a este hecho fantástico, se desarrollan las peripecias de la pieza. El comediógrafo sabe explotar mejor los efectos humorísticos del diálogo que las situaciones. Algunas de estas se le van de las manos, sin producir el efecto apetecido, cuando ya todo estaba dispuesto para el choque cómico. Otros defectos podrían señalársele a Ravinet como autor: cargó el interés sobre la última mitad del primer acto y sobre el segundo, descuidando el tercero, que es el más débil; abusó del estado de embriaguez de "Arcadio" y del profesor "Alex", lúciéndolos en exceso en el trance alcohólico, que impone una turbia dicción; diseñó con líneas tan inconsistentes a "Bárbara" —la amante de Juan— que se llega a pensar que sería mejor que no apareciera en el escenario y bastaría con que se aludiera a su existencia; y le faltó rigor en la economía de los diálogos, sobre todo en

LO QUE NO SE ADQUIERE

Pero, en conjunto, la leve pieza distrae, hace reír y combina con habilidad las alusiones satíricas chilenas, con un humor universal acaso próximo a algunos comediógrafos franceses, y a españoles como Mihura. Hay ciertas escenas de explosiva comicidad y golpes inesperados de humor de irresistible efecto. Ellos mitigan los errores con los que el novel paga su obligado tributo. Felipe Ravinet demuestra poseer algo muy preciado en un autor teatral: ingenio, frescura inteligente en la frase, capacidad para hacer saltar la chispa de la ironía y la comicidad. Aún le falta, naturalmente, el oficio. Pero el oficio se adquiere, y el ingenio no.

Los actores de la compañía "La Comedia", mostraron acv-



ENRIQUE HEINE

cioso estudio de sus papeles y un esfuerzo notable para que la presentación fuera digna. Descolló entre todos Enrique Heine, encarnando a su ángel "Arcadio". Aunque faltó de una dirección experimentada y más sutil para conseguir efectos —dirigió el autor—, Heine dió la sensación de vivir su celeste y humano personaje y probó, con la naturalidad de sus transiciones, lo expresivo de su talento histriónico.

En el papel del profesor Alex, merece citarse el desempeño de en el acto final— que denotó Fernando Rivas —especialmente innegable progreso respecto a